

AQUI NACIO EL HOMBRE

Antonio Delgado /Escuela Nacional Preparatoria.

1

Aquí nació el hombre.

Salamandra, quiso oír el rubor de la hierba
cuando crece;
y estuvo quieto,
siglos,
hasta que el sol le dio de lleno en la mirada.

Sólo en ese día sobrevino el llanto.

Confabulados sal y aire
se untaron a la piel del pájaro.
Pero ya había nacido y empuñaba flechas
y en el átomo del fuego se volvía lince.

De piedra a piedra
se levantó de pronto.
Y el tambor trajo los números,
los cantos,
la fría rigidez del colibrí sin voces.

Ha nacido, sí;
hermano gemelo del geranio.

Ha nacido del otro adán dolido de parálisis.

En él la digital ternura tuvo manos
para moldear el nombre de las cosas;
en él
el mar
se supo para siempre.

De una a otra
las palabras alzaron su esqueleto y se cantaron.
Y antes aún
de la degradación última de los colores
en el crimen,
levantó la mano y escupió.

¡Oh, este ruido de peces
en el húmedo estupor del sexo!
¡Oh, este sórdido blues de flores en la sangre!

Ha nacido.

Ved esa manera turbia de soportar los golpes;
ved su condición mortal
y sus recuerdos.

2

Digo,
grito que el pulgar me viene de los siglos,
que tristeo
y subo
y me acomodo la camisa
—esta enorme camisa primaria y sola.

Digo que mi amada es tersa, geográficamente;
que en ella mi latitud,
mi gana de ser se enhiesta y se resuelve.
Hierba del humo de sus senos salgo,
palidezco y tiritito y me hago hermano de mis huesos.
Me lastima un zapato
como al perro el universo.
Ardo al contacto del aire, me oxido con la soledad.

El pulgar es el hijo de los siglos,
el enemigo número cinco de los pequeños monos vigilantes.

3

Me conoces tú, ciego,
desconocido lanzador de dardos;
me conoces cuando digo que a las dos y treinta
el aire es seco,
y el corazón un pájaro huyendo loquecido.

De los ríos del sur viene este sonido largo;
de los ríos del norte,
este sudor de blues y sueño y abandono.

Aquí también crecieron el jade y la obsidiana.
Aquí también tuvo la flecha su valor de presagio.

Pero de esto te diré
una dulcísima noche sin relojes,
una dulcísima noche tuya en busca de tu nombre.

4

El nombre del hombre es la caverna,
el caín amarillo y numérico en la muerte.

60

Murciélago herido en el pecho por la luz,
tristísimo,
hermanísimo de ti,
hallo que eres el hoyo de tu centro,
el arco primordial del crimen.

Te hallo sí,
hierba del asombro de tu huella.
Polvo sí,
y piedra celebrada en la ruina de tus ritmos.

Sé tu nombre cosificado,
tu esternón,
el estrabismo de tus manos en el odio y la ternura.
Sé tu miedo de ser paloma
y cal,
aguja,
animal desnudo y solo solo solo.

Sé tu miedo de ser y no comprendo.

5

Puedes mirar a una muchacha
o hacer un ademán ligero de entusiasmo.
Pueden habitar en ti los pájaros de plata que deja
este sol inmenso.

Comprendes al que pasa gritando sandeces por Reforma,
y a ese pequeño lobo riente de las fotografías.

Hay ciertos días humanos,
ciertos locos días en que sales con tu ropa y tus ansias.

Sabes,
condicionalmente,
que la alegría es el engaño de las muertes
y que el alba es el cuchillo de los sueños.

Invisible,
eres el marino de retorno
y el oficinista
y el obrero;
y eres al amor el amante predispuesto.

El animal que eres reflejado en los aparadores,
ciego de saltos,
lleva también la flema criminal del miedo,
el recuerdo de las cinco y treinta
de un dos cualquiera larguísimo
en el llanto.

No me basta esta palabra.
 El árbol es el árbol en el cráneo de la tierra;
 toca su corazón,
 oye el estrépito sordo de los cantos.

—Antiguo como la muerte,
 el hombre es la ternura encajonada;
 el animal primero de la alquimia y la tristeza.

No me basta esta palabra ni esta escoba,
 ni la puta luna
 enhiesta
 en los rediles sucios de las calles.
 Me quema la andadura;
 y abro las puertas de mi casa para esperar de nuevo
 a los amigos.

—El viento se desabrocha la bragueta
 para enseñar su son sin vértebras, su risa atravesada
 por el alba.

Tal vez mi amada teja un tedio
 o una manera fina de contemplar la lluvia, cuando venga.

De todos modos
 el tulipán es necio hasta la sangre.

No me basta este solar de cascabeles y limones.
 Hace tiempo mi padre se hizo de piedra
 y de distancia:
 sonidos elementales que no supe nunca.
 Termino con su historia de garzas y de estrellas
 para escuchar las balas de la ausencia.
 Aquí han quedado muertos los niños del sol,
 los niños del agua.

Y es absurdo decir que octubre pudo ser el señor
 de las palomas
 o el preciso temblor del ángel embestido.

Ocurre que me duelen los huesos,
 que la soledad es fría como un puñal infame.

Ocurre que el tambor del día se revienta las manos
 y ensordece.

Por todo este sucio ir en orden exacto de los días;
 por el sudor amargo de las flores fluviales
 y las cicatrices
 y los nombres escritos en las paredes
 una anónima noche demolida.

Por este grito de bestia sola y humana,
y aun por el canto de la cal
y el cuarzo
y el despiadado insomnio de los dedos.

Por todos estos veintiocho años
arqueados en el rincón oscuro del sonido;
por los atravesados por el hueso del escarnio y la duda,
los amierdados de siempre,
los que quisieron ser margaritas.

Por usted, señor de la consigna,
gimoteador de las frases acústicas y cáusticas,
jeremías de los milagros.

Por esta tierra dura,
sandalia del cazador de búfalos,
recinto piramidal del odio y la prehistoria.
Por los capitanes del aire,
terrenos y mortales,
ebrios en la yugular del vidrio.

Por todos canto y me detengo:
agudo animal y caminante,
velador en vela de las pequeñas horas del ocio
y la ternura.

Por todos canto y me detengo:
ciudad en ruinas,
próximo suicida del escalofrío.

Por el policía tirando flores a la gente;
por Rosario y sus hijos
y Reyna

y tú,
minero,
zapatero,
oficiante del amor y destetado,
huerfanísimo una noche cualquiera al salir confirmándote
gacela.

